

táis á huir? Si desciendo á esa barquilla, ¿me conduciréis á los dominios de Hydora? ¡Vosotros sois los que me habéis reducido al estado en que me encuentro! ¡Mis desgracias os las debo á vosotros solos! Y tú, traidor Potamogeiton, ¿me has dado el amor de Antonia para hacerme más cruel el castigo de galeras? ¡Ah! ¡Si alguna vez vuelvo á ser tu amo, te haré pagar cara esta persecución! Y vos, ¡gran Dios!, que veís mi desesperación, ¡socorredme, si aún es tiempo! Entre el patíbulo y el peligro de perder mi alma, arriesgaré un nuevo contrato si no me escucháis en este instante. ¡Haced un milagro, Dios mío, ó estoy perdido!

Juan vió en aquel momento varios soldados con alabardas que se dirigían hacia él, y exclamó:

—¡Ya que me abandonáis en tan inminente peligro, veré si *el otro* es más compasivo que vos!... ¡A mí, Potamogeiton!

Y descendiendo precipitadamente por la escala, saltó á la barquilla y desató la amarra. El viento hinchó las velas, y los agentes de policía, al llegar al muelle, vieron que la barquilla se alejaba con prodigiosa rapidez bogando hacia el archipiélago.

Aquella misma tarde, Juan, de vuelta de su expedición, estaba sentado en el despacho del gobernador de Zara hablando con él.

—Hijo mío—decía éste,—cuando acepté tus servicios en Venecia sin recompensarte por ellos, debiste de crearme un avajo: al ver que te ordenaba partir para Liesina, debiste de tomarme por un hombre cruel; pero te equivocas en todo. De conformidad con la serenísima señorfa, quise poner á prueba tu resignación; pero como muchos de los bienes que te fueron confiscados me los entregaron á mí, yo te los devuelvo, siendo tu

padre. Te quiero como á un hijo; carezco de ellos, y mis sobrinos son ricos. Te adopto, y desde hoy llevarás mi nombre. Esta mañana envié á mis agentes para que te comunicaran la noticia, temeroso de que el miedo te hiciera tomar un partido desesperado. Ya estoy tranquilo. Compra al momento otra ropa, y vente á vivir conmigo. Si deseas ir á Francia ó á España, puedes hacerlo: la única condición que te impongo es que renuncies á la lavandera zaratina. En tu posición, no puedes casarte con ella. Dale un dote, y olvídala. Y ahora, abrázame, señor Juan Hermolao Capello, que ése será tu nombre desde ahora.

Juan besó respetuosamente las mejillas del anciano senador llamándole padre, y suspiró, pensando en el fondo de su alma:

—¡Dios clemente! ¿Venfais en mi socorro cuando yo huía en la barquilla fatal? Si hubiera esperado, me habríais salvado. Ahora, la suerte está echada. ¡Ya pertenezco al Infierno!

## X

El buen senador quiso tener algún tiempo en Zara á su hijo adoptivo antes de separarse de él, y Juan ocupó una hermosa habitación en el palacio del gobernador. Un mes después le concedieron los derechos de ciudadano, y terminadas todas las formalidades de la adopción tuvo derecho á usar el título de patricio y el nombre de Capello, uno de los más ilustres de la República. Deseando obedecer á su padre, Juan no volvió á ver á Antonia; pero le envió regalos y una

suma tan considerable, que la madre, no viendo ya la necesidad de venderla, no volvió á reñirla, y le prodigó tantas caricias como golpes le había dado antes. Antonia supo adaptarse á su nueva condición. Las modistas la transformaron en gran dama, y paseó por la ciudad con un atavío tan elegante, que los jóvenes quedaron deslumbrados; pero ella respondía á todos que su corazón pertenecía por entero á Juan Capello.

—Hijo mío—dijo el senador,—esas palabras de tu amada indican gran ambición, ó un cariño verdadero; pero en cualquiera de ambos casos indican una energía de carácter poco común. Tal vez su perseverancia tocará mi corazón, como su hermosura hizo latir el tuyo.

Al día siguiente nuestro héroe abrazó á su padre, y partió en el bergantín turco que le había conducido ya en otra ocasión, dando su bendición á Zara. Con una sola vela izada, llevaba una marcha ordinaria.

—¿Es que vamos á hacer así el viaje?—preguntó al capitán, que iba tranquilamente sentado en el timón.

—¡Paciencia, paciencia! Vuestro papá observa desde el muelle la embarcación que se lleva á su hijo amado. ¿Qué pensará si este bajel volara como una golondrina? Hay que cubrir las apariencias; pero seréis servido.

—¡Así lo espero! Haz provisión de celo, porque voy á abusar de tu paciencia. ¡Tengo que tomar el desquite!

—¿Desea vuestra señoría gustar el placer de la venganza? Sus órdenes serán fielmente ejecutadas.

—¡Traidor, sólo de ti quisiera vengarme! ¡Pero no puedo igualarme á los dioses! Te perdono, pues.

—¡Sois muy noble, señoría!

—Si puedo prestar algún servicio á Luisa de Cerdeña, al mariscal Marchín y al rey Felipe V, me consideraré bien vengado.

—Ayudaré á vuestra señoría con todo mi poder. Por

lo que toca al mariscal Marchín, debéis procurar servirle en un mundo mejor, porque murió en Turín.

—Para llevar á cabo mis designios, necesitareé mucho dinero.

—Tendréis cuanto deseéis.

—Conforme. ¡Boga aprisa, que ya quedan atrás las costas de Dalmacia!

—Ved ante vos el fuerte de Lido y el campanil de San Marcos. Estamos en Venecia.

El bergantín entraba en el puerto, y se detuvo en el arsenal. Juan se dirigió al palacio ducal, y apenas dió su nombre, fué conducido ante el dux.

—Desde que el virtuoso Capello ha querido adoptaros, sois hijo de la República: tenéis, pues, el deber de no disipar inútilmente vuestra juventud, y mostrar á vuestros conciudadanos lo que valéis.

—Sólo deseo arreglar un asunto con el rey de España, haciendo que se avergüence de su conducta conmigo. Alberoni tiene crédito en su corte, y me secundará en lo posible.

—¡Alberoni!—exclamó el príncipe.—Es el confidente de la señora de los Ursinos, y un día de éstos será primer ministro. Sois dichoso con esa amistad: si consiguieseis reconciliarnos con Felipe V salvaríais tal vez á vuestra patria adoptiva.

Antes de partir á España, Juan Capello tomó su rango de gran consejero é hizo amistad con los jóvenes patricios, pasando algunos días en su palacio Faliero, en el cual dió un festín á la Nobleza. La muy feliz Hermandad del Clavo recibió una gratificación tan considerable, que Blas, en un magnífico discurso, elogió la generosidad del miembro honorario que tan bien se portaba con sus antiguos compañeros.

Al preguntar por Luisa de Cerdeña, supo con sor-

presa que había salido de Italia después de haber sufrido muchas vicisitudes.

El conde Maccioli se había dejado prender en los lazos de una belleza adriática, en cuyas manos dejó su fortuna. La condesa tal vez habría perdonado aquella falta, no obstante la altivez de su carácter; pero su padre había muerto, y una pérdida tan cruel, unida á sus demás pesares, le había inspirado una de esas resoluciones bruscas que formaban parte de su carácter: partió para Francia sin decir adónde iba, y sin dejar á su marido esperanza alguna de volver á verle. El conde, arrepentido de sus faltas, se moría de pesar, agobiado de deudas; Juan se las pagó todas, á condición de que buscara á su mujer y fuera buen esposo.

—Lo haré con todo mi corazón; pero ¿cómo podré hallar á esa mujer caprichosa?

—Yo me encargo de hallarla—repuso Juan.—Y en efecto; sabiendo por Potamogeifon que se hallaba en Lorena, en la abadía de Remiremont, envió al conde á Lyon, y él partió en su bergantín.

La abadía de Remiremont estaba situada en las montañas de los Vosgos; el paisaje más pintoresco del mundo. Luisa se había retirado allí como pensionista, merced á la recomendación de una prima de la abadesa, que era princesa de Lorena. El convento pertenecía á la regla de San Benito; pero las damas reclusas eran voluntarias: ni pronunciaban votos, ni guardaban clausura, y respiraban salud viviendo en aquel ambiente vigorizador.

La abadesa arreglaba sus cuentas con algunos campesinos, cuando le anunciaron la visita del ilustre patricio de Venecia señor Capello. Reunió apresuradamente á las canonesas, y salió á recibir á su huésped. Aceptó los regalos que el noble Capello le llevaba,

y le invitó á permanecer en la abadía todo el tiempo que juzgase necesario; pero Juan pretextó que los asuntos del gobierno no le permitían detenerse.

Antes de despedirse, sin embargo, manifestó deseos de hablar con la señora Maccioli, y la abadesa se encargó de enviarle al locutorio.

—Señora—dijo Juan á la condesa,—el patricio de Venecia no viene á reclamar la amistad que tan cruelmente rehusasteis al miserable perseguido por la Inquisición del Estado; pero, antes de daros un adiós eterno, quiero dejaros un recuerdo menos triste que el que aún conservaréis de nuestra odiosa entrevista en el muelle de los Esclavones. Soy hijo adoptivo del señor Capello, y no un aventurero, y vengo expresamente desde Venecia para haceros una pregunta. ¿Estáis resuelta á no volver á ver jamás á vuestro esposo?

—Conocéis bien mi mala cabeza—señor Capello.—Veinte veces me he reprochado mi perversión por haberos rechazado tan cruelmente el día que os embarcaban para Dalmacia; y por lo que toca á mi esposo, no sabré resistir á su arrepentimiento.

—Entrad, pues, Lorenzo Maccioli—gritó Juan,—y abrazad á vuestra esposa.

Se abrió la puerta del locutorio, Lorenzo se arrojó en brazos de su esposa, y ambos suplicaron al señor Capello que no los abandonara; pero este dijo:

—¡Adiós! Antes de ponerse el Sol, estaré en España.

## XI

La guerra de sucesión ardía en Occidente; Francia y España estaban seriamente amenazadas; los ejércitos de Portugal é Inglaterra llegaban á Castilla, donde se apoderaban de varias ciudades.

El 25 de Abril de 1907, á las tres de la tarde, los dragones ingleses encontraron al regimiento de Orleans en las alturas de Almansa, y le atacaron, sin tener en cuenta las dificultades del terreno. El ejército inglés obtenía la victoria; los españoles se disponían á hacer una retirada honrosa después de luchar con cinco batallones que acudieron á ayudar á los ingleses, cuando un joven voluntario, viendo que el abanderado español caía herido por una bala, se adelantó, recogió la bandera, y agitándola avanzó resueltamente al espacio que acababan de abandonar los españoles, sin querer retroceder un paso ante las instancias del señor Villeneuve, coronel del regimiento de Orleans.

—¡Volved á las filas, que nuestro propio fuego va á mataros!

—¡Tirad sin miedo!—repuso el voluntario.

Se oyó una espantosa descarga; una nube de humo obscureció el campo de batalla, y al disiparse aún pudo verse al desconocido elevando la bandera en el aire. El regimiento lanzó gritos de júbilo, que pronto se cambiaron en exclamaciones de triunfo. Tres horas después penetraban en la ciudad de Almansa, quedando consumada la derrota de los ingleses con la

llegada de la caballería francesa, la brigada de Eu y los nueve batallones del ala izquierda.

En tres horas había cambiado la suerte de la guerra. El duque de Orleans preguntó por el voluntario que había detenido la retirada del ejército español, asegurando la victoria. No le encontraron; y el general en jefe, suponiendo que habría muerto, hizo mención de su heroico hecho de armas en el parte enviado al Rey. Una tarde, cuando el ejército reposaba en las llanuras de Valencia, un soldado manifestó deseos de hablar al mariscal de Berwick. Después de algunas dificultades, le dejaron entrar.

—Señor duque—dijo el soldado,—yo soy el que recogió la bandera de Orleans.

—¡Bien! Eres un valiente, y es preciso darte una recompensa—repuso el mariscal.—¿Quieres dinero, ó prefieres un grado?

—Ni una cosa ni otra—dijo el voluntario:—sólo deseo que mi nombre llegue á oídos del Rey, á fin de que sepa que he arriesgado la vida por salvarle.

—Quedarás satisfecho: escribiré tu nombre en mis partes tan pronto como sepa quién eres. ¿A qué compañía perteneces como voluntario?

—A la del barón de Tournón.

El mariscal dió orden de que llamaran á dicho barón.

—Este joven—dijo el barón—es muy original. La víspera de la batalla fué á alistarse en las filas, y es el mejor tirador que he visto jamás; pero no puedo decir otro tanto de su disciplina. Después de la batalla de Almansa, desapareció; y si no fuera por el valor que demostró, estaría ya en la lista de los desertores.

—Le dispensaremos su falta por una vez—contestó el mariscal.—Mañana continuaremos la guerra, y hace falta gente de valor. ¡Tu nombre, joven!

—Soy Juan, el niño falsamente llamado Cerdeña por una equivocación, y príncipe de Nola por un decreto de su majestad Felipe V.

—Conozco esa aventura, y comprendo el motivo de tu conducta. Yo mismo diré al Rey que has borrado tus faltas pasadas con la valerosa conducta de ahora.

Después de la victoria de Almansa, el ejército francés subió á Aragón atravesando un país montañoso, donde escaseaban las provisiones de tal manera, que los soldados tenían que vivir del merodeo. Las comarcas eran tan pobres, que los generales tuvieron un Consejo para tratar de los peligros de la situación. Estando en él entró alguien á advertir que un convoy de trescientas mulas cargadas de provisiones acababa de entrar en la ciudad. No pudiendo adivinar de dónde iría tan inesperado socorro, se asomaron á la ventana. Delante de las mulas iba un soldado francés que el señor de Berwick reconoció al momento.

—¡Ese es mi voluntario de Almansa!—exclamó.—Tengo que hablarle. ¡Hola, joven; dínos cómo viene ese botín!

Juan se acercó á la ventana, y saludó marcialmente.

—Señor mariscal—dijo,—el hambre me hizo salir del campo; pero no soy desertor. He andado por las montañas, y os traigo que comer. Esto es una parte solamente; dentro de poco vendrán vacas y carneros.

—Te daré un certificado de proveedor del ejército.

—Es inútil, señor; tal vez mañana desempeñe otro oficio mejor que el de proveedor. En Ugna hallaréis otras provisiones.

—¡Tú eres un demonio encarnado! Bajaré para pagar á los muleteros.

—No os molestéis: todo está pagado. Es un regalo que me tomo la libertad de ofrecer al Rey de España.

Dignaos solamente decir á su majestad que todo lo ha hecho Juan el aventurero, indigno de los nombres de Cerdeña y de Nola.

—No dejaré de hacerlo: y si depende de mí, tendrás amplio perdón.

Pocos días después los franceses llegaron á Zaragoza. La corte de España fué á establecerse allí, y Felipe V fué espléndido con los que habían sostenido su corona. Un correo llegó á Zaragoza anunciando la toma de Monzón y la capitulación de Balaguer. En la nota enviada al Rey se citaba el nombre de Juan como el primero que penetró en la brecha de Lérida. Un puente sobre el Segre, roto por el enemigo, fué recompuesto en una noche por obreros llegados no se sabía de dónde. El voluntario Juan había dirigido el trabajo, y los oficiales lo consideraban como una obra maestra.

Al hallar repetido tantas veces el nombre de tan singular personaje, Felipe V se volvió hacia Louville:

—Si esperamos más tiempo, deberé tanto á ese joven—dijo,—que no sabré cómo pagarle. Escríble que deseo verle, y buscad el medio de que cumpla con él.

El puente maravilloso construído sobre el Segre era la admiración de cuantos lo veían. Una tarde vió Juan una silla de posta muy parecida á las que él usaba en otro tiempo, con un postillón que tampoco le era desconocido. Un abate asomó la cabeza por la ventanilla, y Juan reconoció á su secretario particular. Alberoni bajó del carruaje, y besando á su antiguo amo, le dijo que se alegraba mucho de volver á verle.

—¿En qué puedo servirlos?—añadió.—Disponed de mi crédito á vuestro antojo.

—Gracias; no necesito nada—repuso Juan.—Mi poder sólo tiene igual en el vuestro.

—¿Habéis hecho un nuevo pacto?

—Precisamente.

Alberoni hizo un gesto.

—Espero que nos entenderemos—dijo,—y que no haréis nada que me perjudique. Después de haber hecho el sacrificio de mi salvación, sentiría hallar obstáculos insuperables, y me moriría de despecho. ¡Abandonad el terreno de la política, amigo mío!

—Allá veremos.

—¿Me causáis un miedo horrible!

—¿Creistéis que el Infierno iba á favoreceros á vos solamente? El mundo es muy grande, y veo que, á pesar de nuestros vastos proyectos, aún no está removido.

—Se acerca el momento en que el mundo entero tendrá puestos los ojos en mí. Si me prometéis no atravesaros en mi camino, os haré una confidencia.

—Os lo prometo.

—Llego de Francia, y acabo de persuadir al de Vendôme para que continúe las operaciones militares con esa lentitud que nadie comprende. El disgusto de ese gran capitán contra la autoridad del duque de Borgoña hará peligrar á Francia: Luis XIV, teniendo que cuidarse de su casa, dejará en paz á su nieto, y mi ambición tendrá libre el campo en España. Tengo en mis manos las pruebas de todas las picardías de los ministros de Felipe V; la señora de los Ursinos enseñará esas pruebas, y, á cambio de tan importante servicio, me darán la cartera. Entonces me libraré de mi orgulloso protector. La Reina se muere, el Rey es joven, y, por su carácter y temperamento, no se resignará á estar viudo: casará con una princesa italiana, á quien yo manejaré. Entonces haré una reforma general; doblaré las fuerzas marítimas de este país,

á Inglaterra me opondré con Holanda, y, venza quien venza, le expulsaré al momento, sustituyendo el crédito de ese país con el de Italia. Arruinaré el comercio francés, y haré que España sea la nación más rica y poderosa del mundo, como lo era en el siglo xvi.

—A menos que no ocurran incidentes que destruyan en un día el fruto de vuestro trabajo—contestó Juan.—Aunque debo confesaros que, por lo que toca á mí, sólo me opondré en un punto á vuestros proyectos: en el de la reina de Francia.

—Sabed que si luchamos, ambos seremos impotentes, porque el Infierno no puede beneficiar á uno en detrimento del otro. Desde aquí podría hacer morir al rey de Francia y á sus hijos con una sola palabra; pero en consideración á vos, me callaré.

—Pero como yo soy más robusto que vos—interrumpió Juan,—no obtendréis todo lo que deseáis. Dejad á Francia en paz, y no me opondré á vuestros deseos.

—Procuraré complaceros; pero, ¡por Dios, no me toquéis al Imperio, ni á Inglaterra, ni á Italia, ni á las Indias, sobre todo!

—¿Y qué haría yo con todo eso, Dios mío? Combatid con ambos mundos, si queréis; pero no os metáis con mi país. Y aun, si me atreviera, os pediría un poco de gracia para la República de Venecia.

—¡No; eso no! Son mercaderes en política, que desde hace doce siglos venden sus favores al más fuerte. Han halagado al Imperio cuando parecía florecer. Que sean fieles á la casa de Austria: ése será su castigo.

—Temo contrariaros; pero yo protejo á esos mercaderes, y quiero reconciliarlos con el rey de España.

Alberoni afectó un aire de amabilidad, empleando con su antiguo amo las frases más tiernas del voca-

bulario italiano; pero como su elocuencia no conseguía nada sobre aquella voluntad inquebrantable, un relámpago diabólico iluminó sus ojos.

—¡Basta!—dijo cambiando de lenguaje.—Habéis resuelto declararme la guerra; la acepto, y las hostilidades no tardarán mucho en romperse.

Juan estaba sentado en el guardafuego del puente. Alberoni le cogió de improviso por los pies, y le precipitó en el río; se asomó al abismo, y exclamó con voz alterada por la emoción:

—¡Entre Juan de Nola y yo, el Infierno debe observar la neutralidad! ¡Potamogeiton, te prohibo que le socorras!

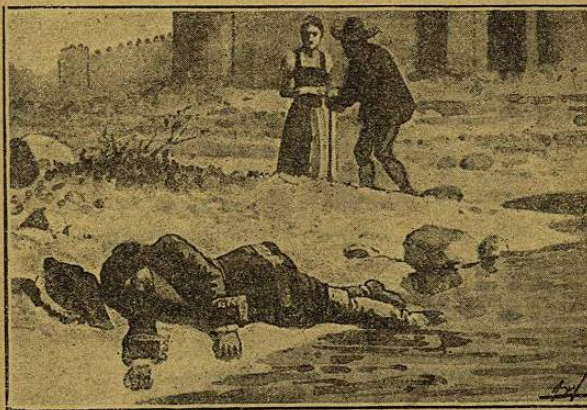
Los bordes del Segre eran escarpados; su lecho, profundo. Alberoni oyó un gemido, seguido de un ruido producido por la caída de un cuerpo; pero, sin preocuparse de ello, lanzó una mirada siniestra al río y subió á su carruaje.

## XII

Como había dicho Alberoni, Potamogeiton estaba obligado á guardar neutralidad, y nuestro héroe corría peligro de ahogarse. El puente estaba á sesenta codos de altura, y la sorpresa de una violencia tan inesperada turbó tan profundamente el espíritu de Juan, que á pesar de ser hábil nadador, perdió la cabeza. La fuerza de la corriente le llevó muy lejos, y la obscuridad no le permitía ver dónde iba. En varias ocasiones procuró salir á la orilla; pero le fué imposible

conseguirlo. El valor y las fuerzas le abandonaron; y creyendo que llegaba su última hora, encomendó su alma á la Virgen del Pilar; después perdió el conocimiento. Entre todas las advocaciones de la Virgen Santísima, no hay una tan compasiva como la del Pilar de Zaragoza, y á ella debió Juan su salvación, sin duda alguna, á pesar del mal estado de su alma.

A poca distancia de las afueras de Lérida, un an-



Al pie de las murallas de Lérida, un anciano que pasaba con su hija...

ciano que pasaba con su hija por la orilla del río vió sobre la arena un cadáver cuyos pies estaban aún bañados por el agua.

—¡No te acerques, hija mía!—dijo el anciano.—Mi maestro, el gran Alí de Murcia, me repetía muy á menudo este precepto: “Sé despiadado con los españoles, porque ellos jamás se compadecen de los moros; no les hagas un servicio ni les prestes dinero, á no ser en

ciertas condiciones y exigiendo buenos intereses. Los que uno ama, le venden después; los que ayuda, desprecian luego sus beneficios; si un hombre se ahoga, pasan sin oír sus gritos y vuelven los ojos." ¡Alí era un sabio! Si siempre hubiera seguido sus consejos, mis negocios habrían ido mejor. Dejemos, pues, á ese joven, no sea que que la fatalidad nos dé parte en su desgracia.

El que así hablaba era Hassan Cogía, uno de aquellos moriscos cuya presencia era intolerable en España, y que, como todos ellos, había sufrido innumerables vejámenes en todos sentidos. De su fortuna, que había sido considerable, sólo le quedaban un resto de muebles y alhajas, y una casita al borde del Segre.

La joven, sin tener en cuenta el precepto de Alí ni el consejo de su padre, corrió á buscar auxilio; y Juan, al volver á la vida, se halló en un buen techo, cuidado por una hermosa joven, que observaba con ansiedad los progresos de su curación.

—¡Es abominable, Julio—decía el enfermo,—que hayas querido asesinar á un hombre que jamás te hizo daño, alguno! ¿Te preparas á gobernar un reino cometiendo un crimen? ¡Buen ministro serás!

—¡El pobre muchacho delira!—dijo la joven.

—¡Tengo la seguridad de que ese desconocido nos atraerá la desgracia, Clara!—exclamaba el padre.

—Pero ¿íbamos á dejarle morir?—dijo Clara.—Además, no es español: es francés; y el precepto del gran Alí no se refería á los extranjeros.

Juan no necesitó mucho tiempo para salir de aquel estado. Una noche de reposo le devolvió la salud. Al despertar, supo cómo había ido allí, y dió las gracias al anciano morisco con tal efusión, que éste no sintió haberle amparado.

—No habéis salvado la vida de un hombre vulgar, y procuraré recompensaros espléndidamente por vuestra hospitalidad—dijo Juan.—Escoged lo que queráis. Desead algo, y se hará al instante; ¡os lo juro!

—¿Desear algo? No me costará mucho trabajo—repuso el morisco.—La tiranía de los españoles me ha despojado. Prestadme tres mil piastras para pagar mis deudas como debe hacerlo un comerciante honrado sin tener que deshacerme del resto de mis bienes, y estaré contento.

—Sois muy modesto—observó Juan;—os regalaré cien mil. ¿Qué más deseáis?

—¡Vengarme; hacer á mis enemigos todo el mal que ellos me han hecho!

—¡Perdonadlos, señor Hassan! Probad que sois verdaderamente cristiano. La venganza más abrumadora consiste en devolver bien por mal; yo os pondré en estado de gustar ese placer.

—¡Perdonar! ¡Hacer bien á quien me hace mal!—exclamó Hassan.—¿Me tomáis por loco? De ése modo, los malvados saldrían gananciosos. Mi maestro Alí de Murcia me enseñó la venganza. ¡Hay que despojar á los enemigos, reducirlos á la miseria, ultrajar á sus hijas y embrutecer á sus hijos; y cuando pidan limosna, rehusarles hasta el último maravedí! ¡Eso es vengarse! ¡Guardaos vuestro dinero, y dejadme gustar ese placer, aunque sólo sea por una hora!

—¿Lo deseáis con tal afán?

—¡Aun cuando por ello tuviera que dar mi vida, no cejaría en tal empeño!

—Pues bien; en ese caso, id á Tortosa, á la desembocadura del Ebro, un cierto día que yo os indicaré, y sabréis con qué condiciones podéis tener lo que tanto deseáis. En cuanto á las cien mil piastras prometidas,



las tendréis mañana. ¿Y vos, doña Clara, qué queréis?

—¡Tantas cosas quisiera—dijo la joven,—que no sé por dónde empezar! ¡Brillantes, pendientes de esmeraldas, silla de manos...! ¡Qué sé yo!...

—¿Nada más? Pues lo tendréis; y con dos lacayos para llevar la silla. ¿Qué más queréis?

—Quisiera vengarme como mi padre; devolver á las españolas el desprecio que ellas sienten por mí, robarles los amantes, y hacerlos morir de amor por mí, sin tener compasión de ellos.

—¿Lo deseáis con gran ardor?

—Mucho más de lo que podría deciros.

—Pues id á Tortosa con vuestro padre el día que yo os indique.

—¡Iremos al fin del mundo si es preciso!—dijo el morisco.

—Está bien. Cuento con vosotros; pero no habléis á nadie una palabra de esto.

Juan salió de la casa, despidiéndose de sus huéspedes, y al día siguiente dos lacayos llevaron las cien mil piastras, la silla de manos y las alhajas deseadas por la joven.

Las provincias de España estaban sometidas á diverso régimen gubernamental. Castilla, gobernada despóticamente, no tenía más ley que la voluntad del rey. Aragón, por el contrario, gozaba de independencia completa, y sus Estados, presididos por el gran Justicia, fijaban por sí mismos sus impuestos, sin sufrir cargas extraordinarias. Se reunían sin orden del rey; en vez de prestar juramento, lo recibían, y la fórmula era tan altivamente orgullosa, que los soberanos que la oían palidecían de ira.

Cuando Felipe V sintió la corona segura en su cabeza, quiso abolir los privilegios de Aragón; empresa

que ni aun el mismo Felipe II se había atrevido á intentar. Suprimió las Cortes, la dignidad de justicia, el tribunal supremo y las leyes y privilegios de la provincia, haciendo que se regularan por las de Castilla.

Una profunda consternación nubló el rostro de todos los aragoneses cuando aparecieron al público las Ordenanzas reales y treinta mil bayonetas dispuestas á ponerlas en vigor.

Dos compañías de descontentos se lanzaron á las montañas; una, bajo el mando del intrépido jefe Sanchillo, batió al regimiento de Cataluña en dos encuentros sucesivos. Un ejército más numeroso enviado contra ellos tuvo que sufrir un sinnúmero de privaciones, y después de perseguir á los rebeldes por las montañas, fué diezmado: medio muertos de fatiga, tuvieron los veteranos que rendirse á los tiradores aragoneses. Pusieron precio á la cabeza de Sanchillo, ofreciendo diez mil piastras por ella; pero sólo consiguieron reducir á los descontentos á la desesperación, sin disminuir su audacia.

Una noche, en casa del Príncipe Pío de Medinaceli varios señores hablaban del asunto quitándole toda importancia. Las damas se interesaban por Sanchillo; la marquesa de Soza manifestaba deseos de ver á aquel prodigio, del cual se contaban innumerables proezas; el caballero de Eariz, que suspiraba por ella, sintió celos, y juró que si el Rey quería enviarle á luchar contra los rebeldes, él se encargaría de llevar á Sanchillo á Zaragoza con los pies atados, para enseñarlo como si fuese una fiera rara. Una voz que pareció salir de un gabinete inmediato, separado por un tapiz, respondió á tal bravata:

—Señor caballero, á media noche podéis ver á Sanchillo fuera de la ciudad y tan cerca como queráis,

delante de las tapias de la iglesia de Santa Engracia. Buscaron por toda la casa; pero no pudo hallarse al que pronunciara tales palabras, y el señor de Eariz, á pesar de los ruegos de sus amigos, se empeñó en acudir á la cita. A media noche llegó solo al sitio indicado, y allí, sentado en el escalón de la iglesia, halló á un hombre con el rostro cubierto por un antifaz.

—Yo soy Sanchillo, caballero—dijo aquel hombre;—dignaos batiros conmigo. Si sois más fuerte, tendréis el placer de quitarme la máscara y pasearme por toda la ciudad enseñándome por dinero; pero si venzo yo, llevaréis un mensaje amoroso á la marquesa de Soza.

—¡Consiento!—dijo el caballero con desdén.

Los dos combatientes escogieron un terreno iluminado por la Luna, y se pusieron en guardia. A la primera estocada, el señor de Eariz fué desarmado.

—Espero que me deis el desquite, porque he sentido un dolor en el brazo, y la espada ha caído de mis manos.

—Eso no es legal; pero os lo concedo—repuso Sanchillo.

El caballero recogió la espada.

—¿Tenéis la espada bien segura esta vez?—preguntó el jefe de los rebeldes.

—Te probaré que sí traspasándote el pecho con ella.

Y hablando así, el caballero se tiró á fondo impetuosamente; pero Sanchillo paró el golpe, enviando la espada de su adversario á cuatro pasos de distancia.

—Aunque os diera seis veces más el desquite, no sería más feliz. Resignaos, pues, caballero, y decid á la marquesa de Soza que el pobre Sanchillo, deseando satisfacer su curiosidad, irá á verla mañana á mediodía, y así podrá ver á un hombre que vivo no vale nada, y muerto valdrá diez mil piastras. Añadid que si desea

recibir esa suma y poner fin á la guerrilla, me entrego á ella de buena voluntad.

El caballero de Eariz cumplió fielmente su promesa, y al día siguiente la marquesa recibió la visita del jefe de los rebeldes. Cuentan las crónicas que Sanchillo fué á ver á la dama con bastante frecuencia.

La corte resolvió concluir á toda costa con la guerrilla, y envió dos cuerpos de ejército al encuentro de los rebeldes, operando en las alturas de Herrera. Los aldeanos se sometieron, y pronto sólo quedaron algunos grupos de obstinados que, cercados por todas partes, no podían rehusar el combate. El jefe, siempre con el antifaz en el rostro, permanecía en la cima de la montaña de Peña del Cid; y cuando las tropas aparecieron esperó la primera descarga de mosquetería para mandar hacer fuego. Sanchillo, como si quisiera retar al enemigo, permanecía á la vista, dando órdenes con el gesto y la mirada á sus parciales, agrupados en torno suyo. Cada una de sus palabras ó gestos hacía caer herida á alguna persona importante del ejército de Felipe V. Un joven oficial, irritado por la torpeza de los soldados reales, tomó un mosquefe, y quiso tirar por sí mismo al jefe de los rebeldes.

—¡Sanchillo—exclamó á voces,—si no estás embrujado, voy á darte lo que mereces!

Era el señor de Eariz. El tiro salió; pero Sanchillo continuaba en pie, y exclamó á su vez:

—Caballero, eso no está bien: os perdoné la vida en Santa Engracia, y aún me tenéis rencor. ¡Nada os debo yo á mi vez!

Y con la punta de su espada Sanchillo indicó al caballero á uno de sus tiradores, y Eariz cayó. Poco antes de ponerse el Sol un parlamentario hizo cesar el combate, ofreciendo el perdón y la libertad á los rebeldes